

SOLAMENTE UNA VEZ

Luis Harss



MEDUSA

Solamente una vez

© Luis Harss

© Del prólogo: Xavi Ayén

© De la presente edición:

MEDUSA BOOKS, SL, enero de 2022

Edición: David Gálvez Casellas

Diseño y maquetación: Oliver Vergés Pons

Revisión de composición: Marc Cortès Minguet

www.editorialmedusa.com · info@editorialmedusa.com

Ilustración del colofón: elemento de *El jardín de las delicias*,
de Jheronimus Bosch (1515).

DL L 32-2022

ISBN 978-84-19202-01-7

Impreso en GoPrinters (la Seu d'Urgell)

Todos los derechos reservados. Sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, quedan prohibidas las reproducciones totales o parciales de esta obra a través de cualquier procedimiento. Pueden dirigirse al CEDRO <www.cedro.org> si necesitan fotocopiar, escanear, hacer copias digitales o cualquier uso similar para algún fragmento de esta obra.

CON USTEDES, LUIS HARSS

El autor del libro que tienen en las manos es uno de los hallazgos más sorprendentes de la literatura latinoamericana. Como si se tratara él mismo de un personaje de ficción salido de un cuento de Borges, ha ido creando, fuera de los circuitos comerciales, una obra extensa y en su mayor parte virtualmente inédita, a la que se ha dedicado con el mismo afán que otros ponen en promocionarse. Escondido desde mediados de los años ochenta en el remoto Mercersburg, una diminuta localidad de Pensilvania con tan solo 1.532 habitantes —según los últimos datos disponibles del censo, referidos al año 2020—, únicamente algunos amigos íntimos tenían noticia de la extraordinaria naturaleza de su labor como escritor, ya que cuando los libros se le acumulaban en el disco duro del ordenador, decidía imprimirlos en lo que suele conocerse como ediciones de autor. Cuando le preguntaban por qué lo hacía así, respondía: «Un día, decidí no perder más tiempo buscando editor».

Y, sin embargo, a Luis Harss le hubiera bastado una llamada.

La primera vez que hablé con él fue en mayo del 2007, cuando yo investigaba sobre el *boom* latino-

americano para un libro. Me dio sus señas Ronald Christ, un personaje clave en la introducción de los grandes autores latinoamericanos en Estados Unidos, desde la oficina del Center for Inter-American Relations en Nueva York. Conservo nuestra primera conversación por correo electrónico y la indicación que Harss me hacía al final: «Cuando me conteste, le pido que no lo haga vía *reply* sino iniciando un *email* nuevo, porque uso una maquinita electrónica (no es una computadora) de capacidad limitada». Aquella *mailstation*, vista hoy, desde el 2021, parece uno de los prodigiosos inventos que, en los tebeos de la posguerra española, ideaba el profesor Franz de Copenhague y da idea de un sabio aislado en su castillo repleto de cachivaches. Fue la única persona, de las más de cien que entrevisté, que se quitaba importancia o, al menos, la única que sentí que lo hiciera auténticamente. Cuando, ya en conversación telefónica, le hacía una pregunta, empezaba diciendo «yo sé poco» para, inmediatamente, desmentirse con sus respuestas. Ya entonces le noté un poco cansado de que todos le identificáramos con *Los nuestros*, el libro del 1964 de entrevistas con los autores latinoamericanos que él mismo bautizó poco después en un artículo como el *boom*.

Harss sigue en Mercersburg —«estoy clavado acá», cuenta por teléfono— y, contra lo que él pueda decir, ha tenido una vida prodigiosa, como descubrirá el lector de *Solamente una vez*. Ahí le veremos escribiendo desde muy pronto: «Esos poemas juveniles muestran cómo un chico va tratando de dar forma a las cosas que quiere decir. Soy de familia burguesa,

tuve una buenísima educación pero ningún contacto con el mundo literario ni las letras, al contrario, eso era visto como una anomalía. Escribía a escondidas, como algo privado, hasta el punto de que anotaba mis versos con una letra inventada, artificial, una especie de código, para que nadie pudiera leer ni entender mis lucubraciones, era un mecanismo de ocultación tan perfecto que ni yo mismo podía acceder a esos contenidos porque a veces no recordaba las equivalencias. También usaba el inglés o el francés que me enseñaba mi abuela alemana. Escribía y escondía o tiraba. Cuando me descubrían, me daba mucha vergüenza y lo rompía todo».

Nacido en Valparaíso (Chile) el 1936, creció en Argentina y vive en Estados Unidos. Ha tenido pasaportes de esas tres naciones, más el nicaragüense, por su madre. Afirma hoy que «el producto final de mi vida es que no soy nadie. Mi satisfacción perversa es justamente no ser ninguna de esas cosas que se dicen. Tengo un cuento sobre una chiquita huérfana que vive en las calles de la ciudad, y el terror que tiene es que venga alguien a reclamarla, que una persona le diga ‘soy tu padre’, que una familia la quiera adoptar. Lo que quiere es ser ella y nada más, que nadie le imponga nada ni le diga ‘eres mía’ o ‘eres nuestra’. Así es como me siento. No es una cuestión intelectual, sino visceral. Nada me repugna más que alguien trate de identificarme, ‘tienes la nariz de tu tío’, o envolverme en una familia. Es una cosa psicológica que viene de muy chiquito. Mi familia era extranjera en Argentina, nací en Chile, mi mamá era nicaragüense, mi padre judío y mi padrastro

dinamarqués. Nunca me sentí de ningún lugar, no quiero ser nada».

Su primer libro es *The Blind* (1962), la historia de amor entre una chica bien y un *caddie*: «es una obra de juventud donde el principal tema es el idioma inglés, yo quería dar ese paso decisivo, al menos en mi cabeza, de demostrarme que era capaz de trabajar literariamente en ese idioma. Hoy lo veo como un relato banal, muy influido, curiosamente, por la literatura rusa que era mi pasión, especialmente Dostoyevski, envuelto en lujosas locuciones y expresiones. No tuvo éxito, fue en parte mala suerte, salió coincidiendo con una huelga de diarios en Nueva York. Ese libro contiene la contradicción de toda mi vida: está escrito en inglés, pero describe un mundo de habla española, un balneario imaginario, que vendría a ser el de Punta del Este en mi autobiografía».

Lo importante en la vida, para Harss, era la literatura. Y llegó su segunda novela, publicada de nuevo en Estados Unidos, *The Little Men* (1965). «Es un tema argentino en inglés». El narrador, Ignacio, va repasando la historia de su familia, sus padres y sus hermanos, desgranando las épicas, trágicas o risibles peripecias de ancestros y contemporáneos. «No me gusta nada [dice todavía hoy, al otro lado del teléfono, como si acabara de escribirla y le hubiera dejado mal sabor de boca]. Mi propósito fue mostrar el contraste entre una generación pasada de grandes argentinos y cómo luego la gente se ha ido volviendo más pequeña. Con el tiempo, aquellas vidas memorables con tanto vuelo han desaparecido y los argen-

tinios son hoy unos hombrecitos pedestres, que no tienen ni la grandeza de alma ni las ganas de vivir de sus antecesores. Es algo que se puede decir de todas las generaciones, supongo. Todos nos sentimos los restos de la generación anterior. El caso es que el libro fue un fracaso total».

Harss empezó a escribir una tercera novela, *The Way Home*. «Nunca la acabé. El editor estadounidense empezaba a impacientarse. Me salieron 500 páginas, se me fue la mano. Él me pedía correcciones y cambios, pero no culminamos el proceso».

Y, de repente, le surgió un encargo del editor Roger Klein (Harper & Row): un libro de entrevistas a autores latinoamericanos.

Fue el libro que cambió su vida, aunque a Harss le incomode tratar el tema de *Into the Mainstream*, su obra más célebre gracias a la traducción que se hizo al español: *Los nuestros*. «No me gusta hablar del libro. Es algo totalmente marginal, una obra periodística. Lo escribí porque necesitaba plata, me pagaron los viajes, conocí a esta gente y... milagrosamente vendió muchísimo. Me refiero a la traducción al español porque del original inglés no vendí ni cuatro ejemplares». En ese constante ejercicio de autodemolición o honestidad extrema, asegura que «la traducción al español la hicimos el editor Paco Porrúa y yo en un mes, está plagada de errores. La fama es la suma de los malentendidos, como decía Paul Valéry. Ese libro, por razones circunstanciales, tuvo un éxito de ventas. Eso me dio cierta satisfacción, pero lo que no me gusta es la forma como esa obra me ha marcado la vida como escritor.»

A Harss le hubiera bastado una llamada para publicar todos sus inéditos porque, por ejemplo, Gabriel García Márquez siempre le ha estado muy agradecido. A mí me dijo, en la que fue la última entrevista de su vida, que «Paco Porrúa me publicó *Cien años de soledad* en Sudamericana gracias a que Harss le habló muy bien de mí». Como ha contado también Eligio García Márquez, hablando de su hermano Gabriel, «es indudable que la sesión de psicoanálisis, en el balance de su vida, con Luis Harss fue un momento clave. Un detonador en cámara lenta. No solo por la importancia que le dio Harss al incluirlo en la antología de la flor y nata de la literatura latinoamericana, sino también porque le removió los mitos, que se le estaban enfriando, como él mismo dijo».

«Yo vivía entonces en París, como buen argentino, desde 1960». Después de *Los nuestros*, Harss se instaló en Buenos Aires. «Ese libro me cambió la vida totalmente. Me hizo descubrir un mundo de escritores que trabajaban en español. La idea de que se podía escribir en español fue una cosa novedosa para mí, yo había despreciado ese idioma, me situaba en la tradición de Sarmiento y Borges, que pensaban que era un idioma empobrecido, como la cultura española en general. Recuerdo que, por aquella época, Jorge Semprún publicaba *Le grand voyage* (1963) y, en una entrevista, le preguntaban por qué lo había escrito en francés y respondía, más o menos: «Porque el español es un idioma muy pobre, no se pueden expresar esas cosas profundas». ¡Yo pensaba lo mismo a los veinticinco años! Era un prejuicio que

teníamos algunos, veíamos la literatura española como atrasada, como el resto del país durante tantos años, el idioma dejó de evolucionar, no existían el vocabulario ni las modalidades para decir bien las cosas en español. Con Cortázar y todos estos autores tan versátiles descubrí las posibilidades enormes del idioma. En realidad, se trataba de saberlo usar. Lo que pasa es que, de joven, uno estaba muy mal educado, la literatura argentina que te hacían leer era una burocracia de cosas mediocres impuesta por la tradición docente. Uno era muy ignorante de su propio idioma. Yo nunca había oído mencionar a Borges, por ejemplo. La cultura francesa, o la inglesa, estaban muy por encima».

Asentado en Buenos Aires, charlando a diario en la editorial y en los cafés con su amigo Paco Porrúa, publicando artículos en *Primera Plana*, Harss piensa: «Yo no quiero ser un escritor latinoamericano del *boom*, pero sí me gustaría escribir en español, a mi manera». Así que alumbró *La otra Sara o la huida de Egipto* (1968), novela que aborda el antisemitismo a través del «romance entre un porteño muy porteño y una chica judía». A pesar de que su padre era judío, Harss no se sentía vinculado a esa cultura, «con la que no había tenido ningún contacto. En mi casa eran todos católicos o protestantes. No soy judío, ni peronista, ni católico, ni ninguna de esas cosas. Me he pasado la vida no siendo. Tengo rechazo por la gente que trata de poner etiquetas». El libro «no anduvo muy bien. Me sentí decepcionado, muy derrotado, defraudado por unos amigos que no me apoyaron. Pensaba que no aceptaban mi forma de ser, qué

sé yo. Estaba con ganas de irme, y me fui de vuelta a los Estados Unidos». Tomás Eloy Martínez ha fechado en ese momento lo que él llama «el voluntario ostracismo» de Harss.

En Exeter (New Hampshire) consiguió un trabajo como profesor en un instituto privado de secundaria. Más tarde fue docente en la Universidad de West Virginia. Cuando regresaba a su casa, seguía escribiendo, paradójicamente, en su español recobrado. «Mi gran empeño, que dejé a medias, fue una novela inspirada en la vida de Felisberto Hernández, el protagonista era un pianista basado en él. Me fascinaba esa imagen del escritor que trabajaba tocando el piano para acompañar las películas mudas en los cines. Quise explorar esa idea de una persona que con los dedos en un teclado proyectaba imágenes de cuentos en una pantalla. Era la metáfora perfecta del escritor».

Su vida en Estados Unidos —al menos, la importante para nosotros— se resume en tres palabras: «Escribir, escribir, escribir». Pero una fuerza oscura en su interior le hizo creer que su obra no iba a conseguir ser publicada y no invirtió energías en buscar editor. «Me deprimía pensar que estaba demasiado lejos de la Argentina para usar su idioma y que el inglés mío no interesaba. Llevé una vida gris por muchos años. Uno trabaja, y trabajé duro, pero con la idea de que era para mí, para algún amigo. Me fui como encerrando». Un día, ante la montaña de manuscritos de sus cajones, se dijo: «Voy a hacerme autoediciones».

Esas autoediciones fueron conformando una oculta cueva de Alí Babá con los tesoros literarios que ha ido produciendo durante años. Así, el volu-

men *Momentos de vida* contiene el retrato ficticio inacabado de Felisberto Hernández, una primera versión de la novela *Hijo del amor*, varios cuentos, y «un pedazo» de un proyecto fascinante y ambicioso, *Ani y la vida*, «el libro que más me interesaba, la novela que yo quería escribir, sobre una chica de barrio que quiere ser cantante. Muestro de dónde recoge su música, de dónde saca sus canciones, en qué se inspira, cómo entiende la vida, cómo es la gente, el barrio, todo lo que hace para llegar a ser cantante. Pasa por etapas donde conoce a gente de otros mundos, del rock o del tango, es explotada por un enano siniestro, pero ella a lo que aspira es a ser cantante de ópera. ¿Qué le pasa a una chiquilla de barrio que llega a la ópera? Es un gran logro, pero te destierra, te destierra, te internacionaliza, seas turco o argentino. Mi idea era convertirla en una figura nacional de una ópera inventada en las calles de Buenos Aires, mezclando otros estilos musicales. No cantaba 'La Traviata' sino óperas callejeras, en concreto una llamada 'Mina' —versión vulgar de *mujer*, en argentino. En esa obra ella iba a ser la encarnación de todas las mitologías en torno a la mujer porteña».

En todos esos años de escritura oculta, Harss ha alternado el inglés y el español. En lengua inglesa, es autor de varios cuentos —por ejemplo, los de *Elephant Stories*, unidos por la presencia de un elefante en cada uno de ellos— así como de novelas cortas —reunidas en *Singers*.

La excepción a las ediciones de autor se dio en Uruguay el 1987, donde vio la luz un libro suyo, *La*

patria madre (Arca/Calicanto), escrito unos seis años antes. Se trata de una sátira sobre la dictadura, vivida por un señor de clase alta, una hija acomplejada de buena familia y un superviviente de la guerra de las Malvinas.

A algunos podrá parecerles insólito que alguien sumido en un pozo anímico sea capaz de producir tantas obras. «Por eso titulé ese libro que fue una especie de taller y muestrario *Momentos de vida*, porque, durante todos esos años, en los ‘momentos de vida’, escribía esas cosas. Uno puede hacer dos cosas contradictorias: deprimirse y continuar escribiendo».

La autobiografía *Solamente una vez* no forma parte de esos tesoros de la cueva que fueron escritos hace años bajo semejantes circunstancias —aunque aprovecha alguna breve escena de los «Recuerdos de verano» ya aparecida en *Momentos de vida*—, sino que son su producción más reciente, escrita en la actualidad, con un alto grado de madurez y un dominio virtuoso del lenguaje. Más allá del deslumbramiento que produce esta especie de *bildungsroman* latina y festiva, salpicada de humor, se plantean temas de calado como la identidad. Cualquier lector contemporáneo de estas memorias apreciará que es justamente en el lenguaje —en su ritmo, en sus asociaciones, en sus imágenes, en su distanciamiento— donde se asienta buena parte de la atracción que ejerce sobre nosotros la voz magnética, inteligente y juguetona del narrador.

«Yo hacía mi vida de sonámbulo», escribe Harss. En sus páginas veremos dos cosas: por un lado, «mi forma de vivir» y, por otro, «mi forma de escribir.

Son vidas paralelas porque uno vive pero al mismo tiempo es lo que uno cree que vive. Es como en el espejo, que te ves al revés, y que hay cosas que se quedan fuera, o como un traje panameño que tuve una vez con saco reversible y dos pantalones, esas ropas múltiples que uno usa para ser o para disfrazar lo que uno es». Le acompañamos «de chiquito», a bordo de «los tranvías que tomaba para ir al colegio, es un viaje poético dentro de mí, hay un tango que dice que ‘el tranvía es una ‘calesita (tiovivo) en línea recta’. El olor, el sonido, la luz, el juego de sombras, el movimiento. Lo otro importante es el cine, he pasado tantas horas en las salas, viviendo el cine como si fuera una realidad, me ha marcado muchísimo, hay épocas en mi vida que son como una traspasada, que las atravesé medio dormido pero con los ojos abiertos».

La metáfora del sonambulismo tiene, en Harss, una particularidad: «Yo era sonámbulo de verdad, los sueños son imaginaciones que se proyectan en tu cabeza y luego te despiertas, pero lo que haces cuando andas sonámbulo es real, y es muy posible que después no lo recuerdes. Puede sonar místico pero en el libro trato de alcanzar una especie de realidad sonámbula. Habla una persona que vive la acción verdadera cuando está dormido, porque no es imaginario, sino cosas que realmente ha vivido o han ocurrido».

Los temas del libro son importantes, los grandes temas de la existencia, pero tratados de un modo que provoca sonrisas. «La idea es no darle demasiada seriedad a las cosas. Los chicos se toman siempre muy en serio, pero la gente grande que los rodea les pare-

ce medio ridícula, son payasos en el teatro de la vida cotidiana. De ahí que el libro pueda verse como un chiste o una comedia». El tratamiento de Harss del tiempo narrativo y sus sombras e iluminaciones como tiempo sonámbulo convierte lo narrado en significativo, como lo hacía la teoría sobre la espiral del tiempo circular para W.B. Yeats. «Le preguntaron a Yeats si creía realmente en esa espiral del tiempo y respondió, oracularmente: ‘Me da metáforas para la poesía’. Yo me suscribo humildemente a esa noción. Son proyecciones anímicas, imaginarias y formas de atención o de intensidad que uno inventa para alcanzar la poesía. Mi infancia hasta los dieciséis años, que es lo que cuento acá, no es inherentemente interesante. El libro trata de convertir las cosas banales y cotidianas en pequeñas revelaciones. Señalar, como el tranvía nocturno que alumbra la madrugada, las dimensiones ocultas que hacen que la vida sea más de lo que es».

Con *Solamente una vez* en las manos —y a la espera la prometida novela *Hijo del amor*, que también publicará Medusa— podemos afirmar que Harss ya no es aquel joven que escribía cartas de amor para las novias de sus amigos, cual un Cyrano platense. De escribir por encargo ha pasado a escribir para sí mismo.

Y no es de extrañar que a Harss le siga molestando que le conozcan solo como el autor de *Los nuestros*, una mera recopilación de entrevistas con comentario. Pasen la página y conozcan por fin al auténtico Luis Harss. Al escritor.

XAVI AYÉN

A las amorosas Patricia y Marina

Tengo recuerdos dispersos de mi infancia. A veces, con el tiempo, los más lejanos son los que más se me acercan. Y acá cuento lo que recuerdo y lo que me han contado de cuando yo era chico y nada más.

Yo nací en Chile, en Valparaíso. Un puerto al que no volví nunca. Dicen que un cerro sobre una linda bahía. Frente a un mar místico. He visto fotos y oído historias sobre las calles nocturnas de la ciudad, pero no las conozco. Por qué nací en Valparaíso no es un misterio. Vivíamos —me incluyo por adelantado— en Santiago. Pero en Valparaíso había un Hospital Alemán. Mi abuela materna era alemana y en Chile en esa época —1936— se confiaba en la ciencia y la medicina de Alemania. Siempre pensé que por eso y porque tardé diez meses en nacer, con algunas complicaciones, mi mamá había querido tenerme en el Hospital Alemán, pero cuando le pregunté por el tema años después, cuando ya era vieja y «cantaba» verdades, me dijo que era el único hospital en Chile donde no la obligaban a dar el pecho y arruinar así su figura. Además le dieron una Coca-Cola —bebida novedosa en Chile— que era su antojo.

Mi mamá era muy bonita y yo la quería desesperadamente y creo que como hijo único y que además ella había llevado adentro por tanto tiempo, ella se aferraba también a mí. A veces me miraba asombrada y decía: «¡Pensar que saliste de mí!». Recuerdo, en una fiesta de chicos, cuando yo podía tener cuatro o cinco años, atropellando en algún juego o víctima de un empujón, me llevé por delante la punta de un mueble y di gritos —me había roto la nariz— y ella que estaba en el cuarto de baño en el piso de arriba bajó enloquecida por la escalera subiéndose la bombacha.

De chiquito, no sé si por timidez o haciéndome el interesante, me arrastraba por el piso bajo los muebles —todavía me queda esa sensación cuando me deprimoy— y con la nariz rota y llena de polvo y pelusa me faltaba el aire y después tenía pesadillas de estar enterrado.

A mi papá, cabezón como yo, y engominado, lo vi poco. No estaba nunca. Había sido periodista y después fue diplomático y funcionario internacional. Era de familia Cohen, judíos lituanos letrados pero empobrecidos en el sur de Chile. Tenía dos hermanas católicas y una atea. Él me parece que no tenía religión. Se decía humanista: es decir, de una fe casi religiosa. De joven quería ser poeta, como Huidobro

o Neruda. Usaba capa negra —alas de sombra— en las fotos y escribió, en un cuaderno:

El amado de las musas dio su alma toda
en contemplación del infinito.

Aun siendo niño presintió la boda del más allá con
su espíritu.

Se conoció con mi mamá en misión diplomática en Washington a comienzos de los años treinta. Ella era un «partido», una belleza social con arte y etiqueta, salida de una educación de convento en California y el viaje cultural a Europa de las señoritas finas de entonces. Había entre los dos una gran diferencia de edad, como sucedía con bastante frecuencia en esa época entre marido y mujer: él tenía unos quince años bien vividos más que ella. Mi abuela —de familia judía alemana: banqueros prestamistas fundidos por comprar bonos de guerra alemanes durante la guerra del catorce—, lo detestaba por grandilocuente. Casarse con él debe haber sido un acto de rebeldía de parte de mi mamá, quien hasta entonces sólo había tenido novios insípidos o convencionales. Había guardado fotos de algunos de ellos. A uno se le estaba cayendo el pelo y disfrazaba la pelada con un «empréstito». Era tan tímido que manejaba el auto con dos ruedas en la zanja. En cambio, a mi papá Cohen se lo reconocía como una personalidad. Hasta su nombre, Benjamín, emitía un perfume. Sin embargo, la relación conyugal anduvo mal desde el primer momento. Mi mamá lo tuvo callado para no

«desacreditarse» —palabra de ella— ante las amigas como mujer incapaz de agradar a su hombre. Él le dijo, escandalizándola, que siguieran su vida de brillo social pero que, dado el caso, tomara un amante. En público ella se reía y parecía una chica alegre y despreocupada, pero lloraba en privado, añorando los brazos de su mamá, que era su adoración. Todo eso lo supe ya de grande y por casualidad una vez, cuando ya vivíamos en Buenos Aires y ella estaba de viaje con mi padrastro y yo en el colegio y entraron ladrones en la casa. Forzaron la caja fuerte en el cuarto de estar y buscando objetos de valor desparrramaron en la alfombra un caudal de documentos y correspondencia íntima antigua que recogí y leí a escondidas.

De mi abuela alemana tengo a la vista un documento que marca su conversión al catolicismo en 1907 para casarse dos años después con mi abuelo nicaragüense. Ella también era nacida y criada en Nicaragua, donde se había radicado su familia, pero educada de señorita en Hanover. El documento confirma su bautismo solemne por un padre Antonio Lezcano de la ciudad de Managua. En una carta impecablemente escrita al padre Antonio mi abuela expresa el deseo de su corazón de ser verdadera cristiana y le pide que «esto quede muy reservado porque fuera de Usted nadie de mi familia, ni siquiera mis hermanos, lo saben». El marido, un criollo buenmozo, murió de peritonitis a los pocos meses de casados, antes de nacer mi mamá. La viuda heredó dos haciendas en un

lugar selvático llamado El Cañón —se llegaba en carreta por un camino escarpado—, con gran sentido de los negocios las vendió y se instaló independientemente en la capital como prestamista. Cobrando hipotecas y comprando propiedades con las ganancias llegó a ser dueña de casi toda una cuadra de locales de tiendas de Managua, frente a la plaza central, y pudo llevarla a mi mamá para la secundaria al convento del Sagrado Corazón en San Francisco de California. A pesar de su aspecto de alemana rubia y de ojos celestes, y aunque vivió siempre con nosotros en Buenos Aires, le encantaba ser nicaragüense. Era dicharachera, se identificaba con un personaje folclórico, la Vieja Chú de Monimbó, se hacía llamar Mamacha, tomaba una bebida barrosa de maíz colado llamada pinolillo, me decía carajito de mierda y me tiraba puñetazos cuando me portaba mal. Como alemana nos contó que de chica en Hanover, cuando sus padres no estaban, una institutriz la ataba a una silla de ruedas con los ojos vendados y la llevaba a los tumbos por la calle para representar el calvario de Cristo, con paradas abruptas que marcaban las estaciones de la cruz. Sufría de tremendas jaquecas que aliviaba tendida en la cama con ayes y gemidos y bolsas de hielo, y cada vez que iba por negocios a Nicaragua tenía un brote de malaria y volvía estragada.

De mi abuela paterna, es decir, la mamá de mi papá Cohen, muerta hacía tiempo, nunca supe nada. Una viejita preciosa, de rasgos tan delicados que parecían pétalos, la vi solamente en un retrato de ella que con-

servaba mi papá Cohen en un marco atravesado por una rosa de seda. Mi mamá tenía unos aretes de ella con gotas de brillantitos. Decía que la Mamá Rosa se los había regalado, pero me enteré que después de la muerte de la Mamá Rosa los había rescatado de una casa de empeños.

En Chile hacía un frío seco. El cielo claro: no había, entonces, humo de autos ni de fábricas. Todos hablaban con cantito y con exageradas gesticulaciones. Se comían infinitas variedades de mariscos, algunos bastante repugnantes, y se iba a misa con fervor. Las iglesias tan desbordadas que la gente rezaba de rodillas en la calle. Me enseñaban a contar con un canto sobre un pollo endomingado que le echaba el ojo a una gallina que ponía huevos en la cocina. Una cosa grande, decían que era «del porte de la catedral». Una torta era un queque. Una farmacia era una botica.

Mientras mi papá Cohen estaba de viaje, y antes de tener casa propia, vivíamos de prestado en lo de su hermana, mi tía Olga, una casa suburbana con jardín de moreras. Yo tenía cría de caracoles en un cajón con agujeros. Se alimentaban de hojas de moras, retraían los ojos en las puntas de las antenas y dejaban una baba luminosa al deslizarse por el piso de baldosas de la terraza. Cuando las manoseaba me quedaba un sabor amargo en la boca. Otras veces chupaba miel de una flor de grandes pétalos blancos con lengüeta amarilla, probablemente una cala, que crecía en un cantero del lado de la calle. En momentos de desánimo me acostaba entre filas de dalias

atadas a estacas. Las cultivaba mi mamá para poner en floreros en la sala. Me visitaba un conejo, escondido entre unas matas. Pero se veía su sombra orejuda pegada a la pared.

Una vez que volví en el ómnibus de la escuela y estaba cerrada con llave la puerta de calle, por respeto a las plantas del jardín hice pis de apuro en el buzón. Iba a una escuela inglesa, de uniforme gris con un ribete celeste. Y cuando mi mamá hacía vida social, me vigilaba una gobernanta inglesa que me bañaba con la ventana abierta al frío en invierno.

Veraneábamos en la playa, bañándonos en las olas heladas de Viña del Mar. Yo no hacía pie, flotaba en un salvavidas de goma inflable. Muchos hombres todavía usaban camiseta, y mi tía Olga, para protegerse del sol, entraba al agua con sombrilla.

Hay retratos de mí de esa época. Un figurín de la moda infantil. Vestido de marinerito con silbato. Un gordito fofo en la playa con su balde y palita. En mi primera foto llevo un largo traje de bautismo de encaje blanco, y rulos rubios. Me cambiaban el pelo todo el tiempo. No fuera que saliera a la imagen y semejanza de mi papá Cohen. Decían que había nacido con mechones negros que se fueron desprendiendo. Después tuve jopito y «media americana»: rasurado atrás con máquina cero. A mi mamá le gustaba mi cara ablandada, claramente un débil de carácter. Le parecía que así yo era más de ella. Me hizo retratar

por un fotógrafo fino, con retoques, en pose de nena. Una foto firmada por él. En seguida me pintó una miniaturista húngara con pincelitos puntillistas. Yo no me reconocía en ninguno de esos retratos, huía de las imágenes con que la gente quería atraparme.

Yo era un chico miedoso. Pero un día de conflicto doméstico me escapé de mi casa. Tenía cinco o seis años. No sé dónde estaba la gobernanta inglesa. Fui sin rumbo, perdiendo pie por el cordón de la vereda. Me fijé que brotaban florcitas minúsculas en las rajaduras del pavimento y trataba de no pisarlas. En la esquina no me atrevía a cruzar. Pasaban autos y camiones y no paraban. Pero me agarró de la mano un chico mayor que me dijo: «Es más lindo del otro lado». Caminamos por una alameda y llegamos a una plaza con piedras paradas, verticales. Las piedras tenían nombres de gente talladas, como lápidas de cementerio. Pero era un café al aire libre con sillas de respaldos altos. Había una pizarra con un menú, bajo un toldo. Las mesas con manteles blancos, el piso de ladrillos con fechas inscritas. Sonaba una música como siempre en mi cabeza cuando andaba sonámbulo. Podía ser una radio o un disco que se repetía. Se cargó el ambiente, una ráfaga de viento agitó manteles y levantó basura. Había unos muchachos con alas que se volaron. Otro no pudo levantar vuelo por las alas demasiado pesadas que arrastraba. Me las probaron a mí y alcancé a volar unos pocos pasos, pero me dio miedo. Se hacía tarde, tenía que entrar. Fui en la dirección contraria de la

que debía ir, pero en casa dormían la siesta y no se dieron cuenta de nada.

Otra vez yo miraba por mi ventana. Lo recuerdo muy bien. La calle en la sombra al atardecer parecía un largo pasillo interior. A lo lejos se oían bocinas y voces. Bajo la ventana unos chicos vecinos pateaban una pelota desinflada. Pasó un tipo llevando un enorme espejo en el que se reflejaban árboles y jardines. A mí me reflejaba el vidrio de la ventana. Me vi raro, pero no como en las fotos. No sabía que los espejos invertían las facciones. Afuera caían gotas de lluvia que parecían hojas, si me asomaba se me pegaban a la cara. O a lo mejor era el vidrio de mi ventana que tenía burbujas y ondulaciones, y se hizo de noche y apareció y desapareció la calle cuando se prendió y se apagó un farol.

Me atraía y me asustaba mi familia chilena. Era gente culta, interesada en las artes y con vida intelectual. Bohemios, los llamaba mi mamá. Les veía pelo sucio y uñas mordidas. Fumaban negros y dejaban los puchos prendidos en diversos ceniceros. Tocaban instrumentos musicales, iban al teatro y la ópera, hablaban de política, viajaban a otros países para visitar museos, escribían novelitas eróticas, se creían poetas malditos. Un cantante amigo de familia, Ramón Vinay, iba a ser un famoso Otelo. Yo los miraba con desconfianza. Un mundo cercano pero ajeno, algo distinto adentro de mí, otra forma de ser. Tenían

ciertas afectaciones, y rarezas. Una prima, bailarina, era esquelética y dentuda, daba miedo. Una tía vieja había dado la vuelta al mundo en un barco japonés. Algún tío chistoso usaba monóculo como el Conde Drácula. Mi primo Claudio, nombrado por Claudio Arrau, otro amigo de familia, hacía experimentos con sapos en el garaje. Decía que los sapos no eran como los peces ni la gente, habían inventado otra manera de respirar que iba a ser útil en el futuro, cuando faltara el aire. Tenía las manos manchadas de ácidos y pis de sapo y un día se le incendió el garaje que también era una ropería de otro pariente con cantidades de ropa colgada de perchas que salieron volando como murciélagos.

La tía Julia era espiritista y adivina. Jugaba a la tablita, con voces y golpes de nudillos, encontraba gente perdida y hablaba con los muertos, como si tal cosa. Se estaba mucho meditando en la oscuridad y cuando se prendía la luz del cuarto se escurrían cucarachas hacia los rincones. Era muy viajera y viajando lo conoció a André Breton, el poeta del «amor loco». Su amiga del alma, Elisa, una pianista que vivía en Nueva York, estaba sufriendo una tragedia. Se había ahogado en el mar en un accidente de velero la hija Ximena y Elisa trató de suicidarse. La tía Julia se enteró por alguna transmisión de pensamientos, desde Chile: oyó el llamado, y acudió en avión a Nueva York a rescatarla. Días después, sentadas juntas en un café de Broadway, se les acercó un misterioso extraño de gran melena que las había estado observan-

do, y se presentó: André Breton. Atraído por el aura fatal de Elisa, le dijo: «Usted acaba de volver de algún lado». Y efectivamente, Elisa resultó vidente y fue la tercera mujer de Breton y quizá la más activa. Hizo collages y cajas surrealistas con sorpresas: juguetes de cuerda, homúnculos con caras de gnomos y otros cachivaches mágicos. Y todo gracias a mi tía Julia que le salvó la vida.

Con mis recuerdos, que son una especie de movimiento de fondo, no sé dentro de qué pozo, me viene una euforia, como me sucedía de chico en sueños cuando bajaba a los saltos por una larga escalera sin tocar los peldaños. En la vida despierta, para impresionar a algún amigo, rígido y sin atajar el golpe, me dejaba caer de espaldas al piso, preferiblemente con alfombra, y aunque me golpeará la cabeza no me lastimaba.

Como todos los chicos, supongo, yo no notaba la diferencia entre un objeto del mundo natural y algo fabricado. Un teléfono, un auto, para mí, existían al mismo nivel que un árbol o una piedra. Una vez que me pateó un cable eléctrico miré y era que yo había agarrado una oruga que me clavó las espinas. Casas, puentes, fábricas, árboles, todo «estaba» de la misma manera. Y muchos lugares eran intercambiables, según para qué servían. Cuando venía de la escuela tiraba los libros de estudios al piso que para mí era otra mesa.

De vacaciones en Viña del Mar, compartíamos una «canastita» con caballo mi mamá y yo y alguna tía —mi abuela no ponía los pies en Chile.

El cuarto de hotel daba al sol y un vientito crispaba las olas. Yo muy bien portado, con mi equipo de playa, y haciendo visitas por la tarde, disfrazado de chico bien. Mi mamá, que habitualmente se ahogaba en un mar de infelicidad, se veía sonriente. Está en las fotos de álbumes que aparecieron después en lo de mi tía Olga, conservadas en un baúl de alcanfor. Yo la quería siempre de colorado a mi mamá cuando salía de noche. Iba al casino con grupos de amigos. Volvía tarde, pero una vez se adelantó y me encontró boca arriba en la cama, destapado y desnudo, con todo a la vista, a propósito, haciéndome el dormido.

Yo siempre tenía perros, los recogía por la calle donde venían husmeando. A la noche, en horas de vacío, mientras todo el mundo dormía, hacía entrar alguno por la cocina, comíamos desperdicios, el invitado me babeaba en la cara, y nos quedábamos un rato abrazados. Recuerdo uno que cantaba, sonriente, aguzando una oreja, la otra caída, cuando oía música. En días de conflictos familiares me corría gruñendo un perro rengo y yo le tiraba patadas.

A mi futuro padrastro, dinamarqués, lo vi por primera vez cuando le abría galantemente la puerta de

un auto a mi mamá, chocando los tacos. Bronceado, de pelo dorado y cejas diabólicas, respiraba solidez y bienestar. Hablaban en inglés, él con interjecciones de su idioma. Era gerente de una empresa marítima que comerciaba principalmente en lo que entonces se llamaba el Oriente Lejano, cosa que le daba un aire romántico. De chico en su país, nos contó, iba al colegio, y después al trabajo, atravesando borrascas en bicicleta, ida y vuelta treinta kilómetros por día. Surgían en la bruma figuras nevadas como ballenas de una espuma de mar. Eran los años de la depresión económica y, sentado el día entero en la oficina, a pesar de sus alardes de masculinidad no se atrevía a levantarse para ir al baño, por miedo de perder el empleo, y quedó «tapado» para toda la vida. Estuvo de representante de su firma en la China y el Japón y Rusia. Alejado de su casa, en parte porque se había peleado con su papá al que no vio nunca más. Tenía sus ideas de «experto» en otras culturas: que los chinos eran mentirosos, los japoneses traicioneros, etcétera. En cambio aprobaba de los dinamarqueses. Decía que eran vikingos y que sus navegantes habían descubierto América siglos antes que Colón. Hablaba varios idiomas, enrevesados. En Rusia, aprovechando la pobreza de la época comunista, había juntado un ajuar de cubiertos de plata comprados por monedas a aristócratas muertos de hambre que los vendían por la calle. Me contó una vez, confidencialmente, que había tenido una amante siberiana que vestía una piel de tigre.

Un gran momento de su vida fue cuando, estando en la Habana, soñó una noche nefasta que es-

cuadrones de bombarderos alemanes sobrevolaban Dinamarca, y leyó la noticia del bombardeo en un periódico al día siguiente.

Con Dinamarca rendida, quiso anotarse en el ejército inglés, pero no lo aceptaron. Después, en un viaje de trabajo por los Estados Unidos, durante la guerra, una vez que se metió de contramano con el auto por una carretera el patrullero que lo paró creía que era alemán, y pasó la noche preso.

En Cuba había aprendido algo de español. Un anglo-español con acento caribe.

Puntilloso y cortés, muy viejo mundo, ahora cuando le abrió la puerta del auto a mi mamá, y me llamó la atención el gesto, antes de saber quién era.

Una gracia que le noté casi desde el primer día a mi padrastro fue que les hablaba con pequeños cloqueos íntimos a los chicos y los animales, y hasta a las plantas, en su idioma de infancia —es decir, el dinamarqués—, que todos parecían entender, como si fuera el idioma del mundo y de la naturaleza. En los demás idiomas se expresaba con dificultad.

Antes de aparecer mi padrastro hubo un interludio de más de un año, con interrupciones, en Bolivia, en La Paz, un lugar altísimo donde no se podía respirar. Mi papá Cohen era embajador. No lo veía nunca. Había disputas de territorio o de frontera entre Bolivia y Chile y la gente de gobierno iba y venía.

La embajada quedaba en los altos de la ciudad, sobre una plazoleta del barrio «diplomático» con vista a través de humaredas de bosta y basura a los techos del centro. Subía y bajaba la población por senderos retorcidos, llevando cargas. Andaban llamas lanudas, burros flacos. Chicos y mendigos que bebían de los charcos. La embajada era un palacete con portón y gran entrada. Una escalera circular alrededor de la recepción llevaba a los dormitorios en el primer piso. Desde allí yo balconeaba, apoyado en la baranda del pasillo. En la recepción, bajo una araña de caireles, daban galas con discursos rimbombantes.

Una navidad aterrizó al pie de la escalera un payaso corpachón, vestido de Santa Claus, con gorro y barba, cargando una bolsa de regalos que distribuyó a las carcajadas entre los empleados de la embajada. Supuse que era mi papá, disfrazado para que no lo reconociera, y es casi el único recuerdo de infancia que tengo de él. En una genealogía de mi familia nicaragüense que consulté más adelante, y que incluía los nombres de cónyuges, el marido de mi mamá figuraba como Desconocido Cohen.

En La Paz tenía dos perros. Se escapaban por las bajadas a la ciudad. Volvían polvorientos con huesos que parecían pedazos de cadáveres.

Las sirvientas indígenas me contaban historias de aparecidos. Una narigona era bruja, hacía hervir el agua fría. Otra me regaló una tortuga que tiraba mordiscos. Me hablaban en español boliviano, entre dientes apretados.